

Apuntes introductorios a la Psicología Integral de la Persona

*Algunas reflexiones
preliminares para
iniciarse en psicología*

PABLO VERDIER
MAZZARA (Ed.)



PABLO VERDIER MAZZARA (Ed.)

APUNTES
INTRODUCTORIOS A LA
PSICOLOGÍA INTEGRAL
DE LA PERSONA



ASOCIACIÓN DE PSICOLOGÍA
INTEGRAL DE LA PERSONA

SANTIAGO DE CHILE - 2023

© Asociación de Psicología Integral de la Persona, 2023
Santiago de Chile
www.apsip.org

ISBN: 978-956-09996-0-3

Diseño y diagramación: Nicolás Eyzaguirre Bäuerle

Toda reproducción total o parcial de la presente recopilación de trabajos escritos por miembros de la Asociación de Psicología Integral de la Persona requiere de la correspondiente autorización, a excepción de citas que se hagan de los mismos siguiendo las normativas internacionales.

«La Psicología Experimental no ha suprimido en absoluto los problemas de la filosofía del alma. Son tan claros e imperativos como siempre. Si consultamos a las mejores autoridades entre los psicofísicos –Wundt, Ziehen, Ebbinghaus, Hoeffding, James, Ladd–, no hay ninguno de ellos que no se encuentre al final de su trabajo cara a cara con la eterna pregunta: ¿Cuál es la naturaleza del Yo consciente?».

Cardenal Désiré Mercier (1851-1926)

COLABORADORES

Bunster Bustamante, María José.

Psicóloga, Universidad Católica de Chile. Magíster en Psicología Integral de la Persona, Universidad Finis Terrae, Chile. Autora de *Elección de carrera, elección de vida*, Santiago de Chile, Ed. Universidad Finis Terrae, 2023.

Cubillos Muñoz, Catalina.

Licenciada en Filosofía, Universidad de los Andes, Chile. Doctora en Filosofía, Universidad de Navarra, España. Psicóloga, Universidad Nacional de Educación a Distancia, España.

Droste Ausborn, Klaus.

Psicólogo, Universidad Gabriela Mistral, Chile. Postítulo en Fundamentación Filosófica, Universidad de los Andes, Chile. Doctor en Humanidades, Universitat Abat Oliba CEU, Barcelona. Autor de *La palabra paterna*, Santiago de Chile, Ed. Tanto Monta, 2023.

Rojas Saffie, Juan Pablo.

Psicólogo, Universidad Católica de Chile. Magíster en Estudios Humanísticos y Sociales, Universitat Abat Oliba CEU, Barcelona. Doctor en Humanidades, Universitat Abat Oliba CEU, Barcelona.

Suazo Zepeda, Benjamín.

Psicólogo, Universidad Católica de Chile. Magíster en Estudios Humanísticos y Sociales, Universitat Abat Oliba CEU, Barcelona. Doctor en Humanidades, Universitat Abat Oliba CEU, Barcelona. Autor de *Psicopatología y Mal Moral*, Santiago de Chile, Ed. Universidad Finis Terrae, 2022.

Verdier Mazzara, Pablo

Médico Psiquiatra, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay. Postítulo en Fundamentación Filosófica, Universidad de los Andes, Chile. Postítulo en Psicoterapia Simbólica, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires. Magíster en Psicología Integral de la Persona, Universidad Finis Terrae, Chile. Magíster en Estudios Humanísticos y Sociales, Universitat Abat Oliba CEU, Barcelona. Editor de *Psicología y Psiquiatría. Textos del Magisterio Pontificio*, Madrid, B.A.C., 2011.

ÍNDICE

Prólogo.....	1
1. ¿Por qué Tomás de Aquino?.....	7
2. Integración integral en Psicología	13
3. Recuperar la centralidad de la persona	21
4. El <i>pondus</i> como centro de gravedad de la personalidad.....	27
5. ¿Qué hace un psicólogo clínico?.....	31
6. Algunos principios básicos para practicar una psicología sana	37

PRÓLOGO

Nuestra Asociación¹ tiene por finalidad “el desarrollo, la investigación y la divulgación de la *Psicología Integral de la Persona*, fundada en los principios del realismo filosófico de raigambre aristotélico-tomista, y en el Magisterio de la Iglesia Católica”; así mismo, se propone la formación de profesionales en dicho modelo².

El *Newsletter* mensual de nuestra asociación es un espacio informal donde sus miembros comparten reflexiones y miradas acerca de temas clínicos de su interés, relacionados con la integración entre la psicología y la filosofía. Actualmente cuenta con más de 300 suscriptores, siendo leído en Chile, España, Argentina, México, Brasil, USA, Italia, Colombia, Perú, Uruguay, Ecuador, Canadá, Alemania, Costa Rica, Paraguay, Suiza, República Dominicana, Francia, Panamá, China, Puerto Rico, Rumania, Guatemala, Portugal, Venezuela, Rusia, Bangladesh, Países Bajos, Bolivia, Austria, Finlandia, Irlanda, Estonia, Honduras, India, Noruega, Reino Unido, Nicaragua, El Salvador, Emiratos Árabes Unidos, Bulgaria, Japón, Kenia, Luxemburgo, Marruecos, Palestina, Islas Seychelles, Singapur y Ciudad del Vaticano.

¹ Más información en www.apsip.org

² Estatutos de la Asociación de Psicología Integral de la Persona, inscritos ante la Décima Notaría de Santiago, el 6 de enero de 2016.

Los *Apuntes* que presentamos son una recopilación de seis *Newsletters* publicados durante el 2023, abordando temas centrales de la *Psicología Integral de la Persona*. ¿Por qué vale la pena leerlos?, se preguntará quién tiene en sus manos estos apuntes. Porque son temas que, aunque a primera vista parezcan redundantes, deben ser retomados en profundidad y “digeridos” una y otra vez para que sean realmente asimilados y se hagan vida.

Que el lector no espere de estos apuntes una serie de técnicas y sugerencias concretas para aplicar inmediatamente en la clínica, sino criterios, principios básicos, ideas rectoras, que enlazadas con los propios cuestionamientos, inquietudes y desafíos que se presentan en el encuentro con los pacientes, puedan guiar e iluminar su ejercicio profesional y su vida cotidiana.

En su artículo “*¿Por qué Tomás de Aquino?*”, el psicólogo y doctor en Humanidades Klaus Droste, muestra cómo la psicología se sustenta y enriquece con la filosofía, destacando el pensamiento de Tomás de Aquino, quien a través de su sistematización de la vida moral, su profundo aporte al conocimiento de la naturaleza y dinamismo de las pasiones, así como su visión antropológica acabada, constituye una base sólida sobre la cual desarrollar una *Psicología Integral de la Persona*.

El doctor Pablo Verdier, médico psiquiatra y actual presidente de nuestra Asociación, contribuye con dos artículos. En “*Integración integral en psicología*”, señala el “anhelo de unidad” que existe en el ámbito de la ciencia, pero advierte que integrar no es simplemente “mezclar, ni combinar, ni meramente reunir conocimientos de

diversos ámbitos”. Por ello, ensaya los diferentes modos y niveles de integración posibles entre la psicología y la filosofía, argumentando que el legado filosófico del Aquinate permite hacer una verdadera labor de síntesis, integración y unidad, alcanzándose así una comprensión integral del hombre.

En su segundo artículo “*Algunos principios básicos para practicar una psicología sana*”, el Dr. Verdier presenta una síntesis de principios filosóficos, antropológicos y éticos que han de guiar e iluminar toda intervención clínica que aspire o pretenda a ser saludable.

La doctora Catalina Cubillos, filósofa y psicóloga, realiza una magistral reflexión sobre como “*Recuperar la centralidad de la persona*”. Persona, bien sabemos, se define como “subsistente distinto en la naturaleza intelectual”, y nuestra Asociación tiene por lema “*persona est perfectissimum in tota natura*”. ¿Pero qué significa realmente afirmar ésto en tiempos de franca deshumanización? ¿Cómo podemos, concretamente, ser psicólogos que desplieguen una vocación de servicio con una mirada puesta en la persona? De forma original y fluyendo con naturalidad desde su propia experiencia, enumera formas en que la persona puede “perderse a sí misma y desaparecer”: la soledad, las carencias en el apego, la tiranía de la actividad incesante, la pérdida de sentido en la depresión, el vivir de las apariencias, entre otras, integran la lista. El psicólogo que adhiera a los principios de la *Psicología Integral de la Persona* tendrá como actitud fundamental el reconocimiento de la dignidad y valor de sus pacientes, haciéndoles “saber que son dignos de ser amados y que su historia es digna de ser escuchada”.

Seguidamente nos preguntamos ¿cuál es el principio afectivo que guía y articula la vida humana? El Dr. Juan Pablo Rojas, psicoterapeuta, docente universitario e investigador, rememora los aportes de Freud, sus conflictos con Adler y Jung, y la contrapropuesta de Maslow, quienes arduamente buscaron ese eje articulador de la vida psíquica. En su ensayo *El pondus como centro de gravedad de la personalidad*, pone al amor -o al fin amado-, como el principio desde el que se logra “articular lo múltiple y lo uno”, permitiendo al clínico “descubrir debajo de las pluriformes manifestaciones de vida interior del paciente, la unidad que enhebra sutilmente la totalidad del tejido personal”.

En *¿Qué hace un psicólogo clínico?*, Benjamín Suazo, psicólogo, supervisor clínico y doctor en Humanidades, vuelve sobre la pregunta que sin duda ha sido el hilo conductor de sus cuestionamientos y su trabajo académico. En él hace una propuesta para dilucidar lo específico de la psicología clínica -su objeto formal-, distinguiéndola de otras disciplinas próximas, afines y relacionadas. De este modo, distinguir aquello propio y «uno» de la psicología, dice el autor, “posibilita conocer los límites y la especificidad de su arte”, concurriendo armónicamente con sus intervenciones a la de otros que asisten al mismo sujeto.

Como decía Jean Guitton: “La mente del que busca está llena de preguntas, de ideas de maniobra, de proyectos esbozados, de itinerarios, de puestos de acechos: porque la mente no duerme”³.

³ Jean Guitton, *El trabajo intelectual. Consejos a los que estudian y a los que escriben*, Madrid, Ediciones Rialp, 1951.

Esperamos, pues, que quienes tengan estos apuntes en sus manos hagan de ellos una lectura pausada, atenta y reflexiva para lograr hacer un verdadero “trabajo intelectual”. *Aprehender* la Psicología Integral de la Persona no puede darse a través de “un solo acto intelectual”, como explica Millán-Puelles, sino que el intelecto opera de modo gradual o evolutivo, y “en esta graduada sucesión pasa de lo confuso a lo distinto, de lo potencial a lo actual”⁴. Pues bien, estos *Newsletters* presentan ideas que requieren maduración, y sobre todo, invitan a dirigir la mirada a las realidades concretas para comprenderlas desde sus principios sustantivos.

María José Bunster Bustamante

Vicepresidente

Asociación de Psicología Integral de la Persona

⁴ Millán-Puelles, Antonio, *Fundamentos de filosofía*, Madrid, Ediciones Rialp, 2000.

¿POR QUÉ TOMÁS DE AQUINO?

En su esfuerzo por penetrar la realidad y descubrir su orden, el entendimiento —que no lo causa, pero sí lo conoce— va desarrollando saberes. Entre ellos se da una conexión que permite que unos se apoyen en otros anteriores, y de ellos dependen también muchos de sus juicios. La psicología no es una disciplina ajena a la unión entre los saberes. Preguntarse por la psicología humana y ahondar en su conocimiento supone una serie de consideraciones previas que están a la base. Dado que la psicología indaga en un aspecto del ser humano, debe apoyarse en una reflexión sobre el conjunto de sus operaciones, a la que subyace entitativamente el conocimiento que da cuenta de estas. Asimismo, la pregunta por la naturaleza del ser humano supone una anterior: aquella sobre la naturaleza en general, que también exige un análisis acerca del fundamento de cualquier naturaleza o cambio. Podríamos afirmar, entonces, que la psicología se sostiene en la filosofía moral, y ésta en la antropología, que a su vez se cimienta en la filosofía de la naturaleza, y todas ellas, en definitiva, en la metafísica.

El estudio de la psicología se enriquece y se orienta a partir de este caudal de conocimientos que emana de tales ciencias previas al pensar psicológico, sustrato que se puede encontrar en la síntesis de santo Tomás, que brinda a la psicología sólidas bases para avanzar en su propio camino. Enunciaremos a continuación

algunos de esos aportes casi inexplorados, los cuales son de una fecundidad inaudita para redescubrir en nuestro tiempo con inmenso provecho para la psicología.

El pensamiento de santo Tomás de Aquino y su sistematización de la vida moral del ser humano podría también constituir una psicología profunda. El ser humano puede o no tener alteraciones psicológicas, pero de ninguna manera puede mantenerse ajeno al mal moral —ya sea como causa del mismo o por padecer sus consecuencias—, y todo ese análisis, en su determinación formal, si bien no configura un pensar psicológico, sí nutre y enriquece la concepción de las dinámicas de la vida humana. Con frecuencia, las complicaciones profundas de la vida y de sus relaciones corresponden a este orden. Pensar sobre el egoísmo, el orden y desorden del amor, el esquema de los vicios y virtudes con sus consecuencias, sus formas y sus relaciones, nos va descubriendo un mundo dentro del cual se desenvuelve la vida humana individual y colectiva en el que vale la pena adentrarse para entender cuanto nos sea posible. Su aporte a la comprensión de la estructura de un acto humano, hilado con claridad meridiana y una sutileza que asombra por el grado de conocimiento de la humanidad, es francamente insuperable en sus observaciones, distinciones, relaciones y alcances.

Por otra parte, el aporte que supone el esquema de las pasiones humanas realizado por santo Tomás no tiene precedentes. Su capacidad de definir formalmente los movimientos de cada una de las pasiones, distinguiendo las dimensiones de los apetitos, la naturaleza de los movimientos, su objeto formal, sus tipos, sus

efectos y sus remedios en algunos de ellos, reúne lo mejor de las observaciones desde la antigüedad hasta su tiempo. Los ordena y presenta de manera tal que permite una aproximación a la dimensión pasional humana que no se encuentra con facilidad en los manuales contemporáneos de psicología. Y lo mismo ocurre con su capacidad de vincular el acto de la voluntad y los sentidos internos a los movimientos del apetito sensitivo: son de una lucidez y acierto asombrosos, que revelan una mente que conoce en profundidad la vida humana.

En cuanto a su antropología, nos encontramos con una visión tan completa del ser humano desde el punto de vista entitativo y operativo, que es posible dar espacio en él a todas las observaciones acertadas de diversas corrientes de psicología contemporánea que, basándose en una parte del ser humano, intentan explicar casi la totalidad de sus dinanismos. Más aún, incluso nos permite captar el punto ciego en el que puede caer una visión reduccionista que no es capaz de admitir otras observaciones. Por eso, una comprensión acabada de esta antropología facilita un diálogo auténtico entre una perspectiva más desde lo inconsciente con una más conductual, por ejemplo, o cognitiva, sistémica o humanista, por mencionar algunas.

La formulación que realiza de las facultades, en su orden de emanación y jerarquía, con la definición de sus objetos y operaciones y su relación y lugar en el ser humano, resulta inagotable y siempre novedosa e iluminadora. De igual forma con el tratamiento que hace de cada una por separado sin perder de vista el conjunto, describiendo la sensibilidad externa y sobre todo

interna, con sus distinciones, vínculos sensibles, relaciones de dependencia y orden operativo. Es un aporte no suficientemente aprovechado y con enormes posibilidades actuales de exploración. La explicación de la voluntad y su inclinación a la felicidad, como sus conclusiones con relación al contenido objetivo de la misma, y la concepción del entendimiento como esencialmente locutivo y manifestativo de lo real resultan de una riqueza inagotable.

Nos provee, además, de una aproximación lúcida y equilibrada a la comprensión de la naturaleza humana con una definición de la unión sustancial insuperable. Clara, nítida, profunda, bien dibujada, determina de manera precisa qué significa “animal racional”, lo que da cuenta de todas las formulaciones ya mencionadas. Desde la visualización y distinción de los planos en que el alma se conoce a sí misma como sustrato del viviente racional humano, consigue equilibrar y corregir muchas afirmaciones de la filosofía moderna que pueden resultar desorientadoras a la hora de desarrollar sobre ellas consideraciones de carácter psicológico.

Sin embargo, todo ello supone una comprensión de la naturaleza, del cambio y el reposo, del movimiento y las operaciones, que el Aquinate compendia en su opúsculo *Los principios de la naturaleza*, donde desarrolla nociones como potencia, acto, materia, forma o causalidad, de un modo conceptualmente impecable. Sin una buena filosofía de la naturaleza no es posible una adecuada psicología, puesto que todas las observaciones desde el punto de vista psicológico sobre el ser humano se basan en una

comprensión de lo que es la naturaleza. Cualquier error en su comprensión especulativa deriva en un desenfoco en psicología.

Todo lo expuesto hasta aquí revela la potencia y patrimonio que contiene la herencia intelectual de este autor. No obstante, lo principal y más trascendente de la filosofía de santo Tomás es que se funda toda ella en el acto de ser. Este es el acto de todos los actos y la perfección de todas las perfecciones; por lo tanto, a partir de ella es posible describir el orden del universo y de sus causas sin tener que suprimir o negar nada de lo real. Desde ella, cada ente puede ocupar su lugar dentro del orden total, el cual se ordena, a su vez, al ser personal. En este sentido, contar con una metafísica que permita dar cuenta del concepto de persona y de todas aquellas realidades que revelan infinitud, como la verdad, lo uno, el bien, la belleza, el amor y la amistad, es de los tesoros más grandes y necesarios para construir una psicología respetuosa de lo humano y que pueda, en consecuencia, estar auténticamente al servicio del hombre. Todo error profundo en psicología esconde un error metafísico. Así, en definitiva, el patrimonio del pensamiento de santo Tomás de Aquino constituye una base sólida sobre la cual desarrollar una psicología que podríamos llamar Integral de la Persona.

Dr. Klaus Droste Ausborn

INTEGRACIÓN INTEGRAL EN PSICOLOGÍA

El afán de los hombres de ciencia por buscar la integración de sus saberes, es decir, buscar la unidad del saber, se verifica explícitamente en diversas ciencias particulares. Así, por ejemplo, en física, ciencia paradigmática de las ciencias naturales, es bien conocida la búsqueda de una teoría unificada de las cuatro fuerzas de la naturaleza; en ecología tal intento de integración y unidad de los saberes se ve en esa mirada sistémica de la naturaleza, donde, por diversos caminos (mecanismos de los elementos inertes y dinamismos de los organismos vivos) todos sus niveles y estratos se relacionan, integran y comprenden en una unidad casi orgánica. La psicología no escapa a dicho anhelo de unidad. La inquietud por integrar diversas escuelas, corrientes y autores es un desafío actual de la psicología.

Algún autor ha comparado a la psicología moderna con la Torre de Babel, en alusión al episodio homónimo del Antiguo testamento, en el que los hombres hablando diversas lenguas ya no se entendían entre sí. Esto es cierto, y de hecho muchos autores lo afirman. Sin embargo, el impulso integrador no se ahoga en ese *maremágnum* de teorías, posiciones y polisemias, y se han ensayado múltiples intentos de unidad en el saber psicológico.

Importa destacar que dicho impulso integrador no es un capricho ni un prurito intelectual, nace más bien de la intuición lógica de que todo conocimiento, si es verdadero, no puede entrar en contradicción con ningún otro que también lo sea; asimismo, en el hecho que conocimientos diversos y verdaderos acerca de un mismo objeto de estudio, se dan, existen, conviven, cohabitan y constituyen realmente dicho objeto. Por tanto, puesto que el orden cognoscitivo responde al orden real, aquello que constituye la unidad de un objeto en la realidad, no puede presentarse en el orden cognoscitivo bajo formulas contrapuestas, contradictorias, irreconciliables o mutuamente ajenas y extrañas. Por el contrario, han de constituir también una unidad en el orden cognoscitivo del sujeto que conoce. De este modo, las diversas miradas, corrientes y escuelas en psicología, de ser verdaderas, han de poder ser integradas en un paradigma común. Aquel feliz impulso de integración y de unidad que nace espontáneo, presente, pues, una integración factible, imprescindible e inaplazable. Tras la pista de esa unidad en psicología se dirigen estas líneas.

De lo anteriormente expuesto, se deduce que integrar no es mezclar, ni combinar, ni meramente reunir conocimientos de diversos ámbitos. La unidad que busca la integración debe poder, primero, mostrar las verdades que cada escuela posee, y una vez detectadas las respectivas verdades, proceder a su ubicación sistémica en un paradigma orgánico y coherente. Esta tarea solo se puede acometer desde unos criterios cuyo estatus epistemológico sea diverso y superior, es decir, un estatus que trascienda al de aquellas disciplinas que pretende integrar. Ahora bien, se los entienda como se quiera, esos criterios en última instancia son,

literalmente, meta-físicos, es decir, suponen una disciplina que trasciende la facticidad empírica de las disciplinas que pretende sintetizar y re-unir. Este prerrequisito a toda integración, de nuestra parte, lo encontramos en la filosofía conocida como realista y perenne, y en particular para nuestros fines particulares, en la antropología y la ética tomista. Es desde la filosofía del Aquinate, que cuenta con categorías universales y perennes que se hace factible la labor de síntesis, integración y unidad.

Ahora bien, concretamente, en qué consiste y cómo se realiza, cómo se operacionaliza diríamos modernamente, la labor que estamos proponiendo. A continuación expondremos diversos modos y niveles en los que la integración y unidad se materializa.

1. En primer lugar, y en su modalidad y nivel más básico, podemos integrar al *corpus* de las ciencias psicológicas las observaciones prácticas, hoy diríamos psicológicas, de Aristóteles y Tomás de Aquino. Estos autores presentan un cúmulo de observaciones agudas, finas, precisas, cual psicólogos modernos, a los que bien pueden complementar y compartir. Incluso, muchos –si no todos– los desarrollos y doctrinas antropológicas y éticas de estos autores fueron precedidos de dichas observaciones, y por ello se fundan y proceden de la observación de la realidad. En esto, Aristóteles y Tomás, no tienen nada que envidiarle a psicólogo moderno alguno. Este primer nivel de integración, ha sido incluso reconocido por autores modernos como Erick Fromm que, en *Psicología para no psicólogos* afirma:

“En Tomás de Aquino se encuentra un sistema psicológico del cual se puede probablemente aprender más que de gran parte de los actuales manuales de tal disciplina; se encuentran en él interesantísimos y muy profundos tratados de temas como narcisismo, soberbia, humildad, modestia, sentimientos de inferioridad, y muchos otros”.

Otros modos y niveles de integración surgen cuando aplicamos los principios tomistas a las ciencias particulares, una verdadera *conversio ad scientiam particularem* de los principios tomistas. En este sentido, proponemos los principios especulativos de la filosofía de Tomás de Aquino como la premisa mayor de un gran silogismo, cuya premisa menor son las observaciones e interpretaciones de la psicología moderna, sea experimental, clínica o del área que sea. Este planteo toma pie del magisterio del padre Barbado o.p., felizmente reseñado por Ubeda Purkiss o.p.:

“sta fue, en síntesis, la gran lección que el P. Barbado enseñó a través de sus explicaciones de cátedra, conferencias y publicaciones. Su tesis científica fue como un gran silogismo, con una mayor, universal y perenne: los principios de la filosofía aristotélica-tomista, y una menor contingente: el conocimiento del estado actual de las ciencias psicobiológicas, y una conclusión que se desprende necesariamente: la integración de los nuevos datos y los antiguos principios.

A partir de esta formulación, presentamos algunas posibilidades concretas de integración, que pasamos a exponer.

2. Al estudiar a la psicología moderna (la menor del silogismo), por un lado, y teniendo por referente la antropología tomasiana (la mayor del silogismo) por otro, podremos destacar verdades de los modernos de entre un torbellino de datos, interpretaciones y lenguajes. Las verdades rescatadas, en cuanto verdades, se las puede sacar del contexto original en el que fueron observadas y desarrolladas, agrupándolas con otras de otras corrientes o autores, configurando un *corpus* nuevo. La imagen que se configura al poner estas verdades parciales en un nuevo conjunto global, supone un primer nivel de integración, que es, diríamos, 'codo a codo'. Como las piezas de un rompe cabezas, yuxtapuestas una al lado de otras completando así una imagen. Este nivel de integración, si bien necesario, es insuficiente. Sin embargo, ya en este nivel, contamos con la posibilidad de síntesis entre las diversas escuelas, síntesis realizada bajo el auxilio de aquella mirada escrutadora de la verdad que posibilitan las categorías aristotélico-tomistas.
3. Otra posibilidad de integración y síntesis, pero sobre todo de enriquecimiento de la psicología, se constata cuando aquellas verdades rescatadas, según lo expuesto en el numeral anterior, son asumidas, elevadas y purificadas desde los principios perennes, llevando a dichas nociones a una perfección y plenitud que la mera psicología no les puede dar.

4. Observamos también una posibilidad de integración más íntima y radical cuando situamos cada verdad parcial de las recogidas anteriormente no solo en relación con las verdades ‘vecinas’ del rompe cabezas, sino cuando las vinculamos al objeto de estudio común, anudándolas, de este modo, en un nivel más profundo, en el nivel antropológico subyacente a todas ellas, otorgándoles una consistencia y coherencia sistémica, orgánica, que surge del hecho de compartir un mismo objeto del que se originan.
5. En el orden práctico, cabe también la posibilidad de “una bajada” de aquellos principios a la práctica clínica concreta, orientando a ésta tanto en su instancia diagnóstica como terapéutica.
6. Los modos y niveles de integración anteriormente enunciados alcanzan una unidad y síntesis irrenunciable, pero parcial. Todavía no hemos alcanzado la nota de integral que anunciábamos en el título de estas reflexiones. Al respecto, un último nivel de diálogo, síntesis y unidad, lo constituye el hecho de que Tomás de Aquino aporta categorías que los modernos desconocen, pero que ningún psicólogo que pretenda ser integral puede omitir. Se trata de todas las realidades que se derivan del carácter espiritual del hombre, sin las cuales el hombre queda reducido a un animal muy, muy desarrollado, pero finalmente otro animal más. Sin esta nota espiritual, sería imposible una psicología integral. Sin esta dimensión, el psicólogo reconocería y trataría mecanismos y dinamismos prescindiendo de las

disposiciones y actitudes espirituales y personales a los que aquellos se subordinan, y entendería a aquellos dinamismos desde un paradigma psicologizante y no espiritual, como corresponde a esas realidades. Con esta nota todo el conjunto de verdades parciales de la psicología moderna se elevan a un nuevo horizonte, sin precedentes en la psicología moderna, con el consiguiente enriquecimiento, tanto de la comprensión de nuestros pacientes, así como también en las posibilidades terapéuticas.

Recapitulando, las consideraciones vertidas en este ensayo podríamos sintetizarlas, de un modo breve y preciso: estudiar a Tomás de Aquino para reconocer, desde los principios filosóficos que él defendió y cultivó, las verdades presentes en los modernos, para purificar esas verdades y llevarlas a su plenitud, para situarlas en su lugar, para alcanzar una comprensión integral del hombre.

Dr. Pablo Verdier Mazzara

3

RECUPERAR LA CENTRALIDAD DE LA PERSONA

Vivimos en tiempos de encubierta deshumanización. A pesar de que “todas las ciencias y todas las artes se ordenan a la persona como a su fin”, el desarrollo tecnológico conlleva el riesgo de caer en una “mentalidad de sistema”, que tiende a considerar las características y acciones personales en términos de estadísticas impersonales: lugar en el ranking, índices de logro y productividad, puntuación en determinados rasgos, porcentaje de acuerdo o desacuerdo, número de *likes* o seguidores, etc. Con el desarrollo de la inteligencia artificial, el *boom* de las redes sociales y la tecnocracia, esta mentalidad se ha ido acentuando progresivamente, difuminando el valor de la persona, que radica justamente en su singularidad en el ser.

La persona es el “subsistente distinto en la naturaleza intelectual”. El concepto de persona no se refiere a una definición de categorías o propiedades, sino a una especial dignidad en el ser. Se trata de un ser que se posee a sí mismo en el orden ontológico y por eso, es capaz de actuar con libertad, es decir, de ser principio de sus acciones. Es singular, único, irrepetible e incommunicable: no común. “Lo que cada uno es en cuanto persona no lo es ninguna

otra”. De allí procede su especial dignidad. Merece ser amada por sí misma y no en orden a ninguna otra cosa. Por eso es tan grave la deshumanización de nuestro tiempo, porque daña lo más real en el universo. El deterioro en la salud mental es, así, un síntoma más de una sociedad donde se ha invertido el orden natural y se ha puesto a las personas al servicio de la productividad económica, las teorías y las corrientes políticas.

¿Qué es lo más grave que le puede ocurrir a una persona? Lo más grave es condenarla a desaparecer: que se pierda su yo íntimo, su ser singular y libre como raíz de sus acciones. Ahora bien, hay muchas maneras de perderse a sí mismo y desaparecer. Y ellas se relacionan de una u otra manera con la psicología.

El amor no correspondido es una manera de desaparecer, porque no permite ser reconocido por quien queremos como alguien digno de ser amado. Frente a la soledad y las carencias en el apego, que muchas veces han sufrido nuestros pacientes, estamos llamados a la aceptación incondicional de su valor personal; a permitirnos contemplar y reconocer aquello que los hace únicos, irrepetibles y dignos de amor. Es la única manera de que ellos mismos descubran y aprecien ese valor en sí mismos.

Escudarse en la incesante actividad es una manera de desaparecer, porque desconoce que nuestro mayor valor radica en ser quiénes somos y no en aquello que podemos entregar al mundo o a la sociedad. Frente a ese activismo, estamos llamados a remontarnos más allá de esa permanente ansiedad de nuestros pacientes, para conducirlos al descanso de reconocer y aceptar, en tiempo

presente, quiénes son ellos realmente, con sus propios estados internos, sus emociones y sus miedos, para acompañarlos a abrazar todo eso que vive en ellos. Es en esa quietud donde pueden recordar que su valor personal intrínseco no está en la consecución de fines transeúntes externos a sí mismos, sino en la aceptación y desarrollo de su propio ser.

Congelarse en la ansiedad y el miedo es una manera de desaparecer, porque implica dejar de hacer lo que realmente queremos, como si no fuéramos agentes de nuestra propia vida. Frente a esa respuesta de bloqueo, estamos llamados a restaurar la esperanza en nuestros pacientes, trabajando en su historia personal y en todos aquellos eventos que los llevaron a valorar el mundo como un lugar peligroso con una sensación de total indefensión, para recuperar muy lentamente su sentido de agencia sobre sus propias acciones, su capacidad de defenderse, cuidarse y poner límites, devolviéndoles el sentido de su dignidad personal.

La vergüenza es una manera de desaparecer, porque implica someter a las partes más vulnerables de nuestra personalidad a un severo juicio y sentenciarlas a perder la libertad de expresión. Frente a esa soledad, estamos llamados a reconstruir en ellos la confianza de que pueden mostrar quiénes son a otro ser humano. Eso implica aceptar con incondicionalidad y transparencia a nuestros pacientes, para recordarles que la vulnerabilidad puede ser también un don, porque permite vincularse con otro ser humano y este vínculo no necesariamente debe ser humillante o abusivo, sino un descanso amoroso en la mirada de otro.

La depresión es una manera de desaparecer, porque convierte la propia vida en una dolorosa renuncia a ser y a obrar, por una profunda pérdida de esperanza en sí mismo y en el mundo. Frente a esa desesperanza emocional, tenemos que aprender a vincularnos con el doliente con la mirada ingenua de un niño, para acompañarlo lentamente a redescubrir el valor del mundo, de sí mismo y de sus pequeñas acciones. Eso nos desafía a esperar más allá de toda esperanza, para “prestarle” de alguna manera nuestra fe en la vida al paciente que la ha perdido.

El narcisismo, el histrionismo y el vivir de las apariencias son una manera de desaparecer, porque ponen nuestro valor en la mirada que los demás tienen de nosotros y no en nuestro valor intrínseco, parapetándonos detrás de máscaras para no revelar nuestra verdadera identidad. Frente a esa barrera, tenemos la tarea de intentar recuperar el auténtico sí mismo, que se quedó atrapado en una etapa infantil, donde aprendió a reemplazar el ser por la apariencia.

“Venderse al sistema” es una manera de desaparecer, porque significa renunciar a los principios que orientan nuestra vida para convertirnos en una pieza del engranaje social o económico. La ideología es una manera de desaparecer, porque nos hace renunciar a nuestra subjetividad en pos de una idea, como si las ideas fueran más grandes que las personas que las piensan. Frente a ese riesgo de deshumanización, estamos llamados a recordarles a nuestros pacientes que la persona -su persona- es la base de cualquier comunidad y es más importante que cualquier idea o sistema. Sólo reconociendo su valor, podrán redescubrir cuáles son

sus propios valores y principios; a qué no están dispuestos a renunciar, porque significaría traicionarse a sí mismos.

La disociación es una manera de desaparecer, porque implica esconderse detrás de barreras y murallas y fragmentarse en múltiples habitaciones separadas para evitar que nos vuelvan a hacer daño. Frente a esa fragmentación, estamos llamados a devolverles la seguridad a nuestros pacientes tratándolos con el respeto que en su historia vital no conocieron y, en la medida que ellos nos lo vayan permitiendo, disponernos a escuchar con atención a cada una de sus partes, acogiéndolas y comprendiendo su rol en el sistema total de la personalidad, para devolverle al paciente un sentido integrado de sí mismo como ser personal, ontológicamente superior a la suma de sus partes.

La lista podría continuar con las muchas otras afecciones que vemos en el ejercicio de la clínica. En todas ellas, de una u otra forma, la dignidad personal de nuestros pacientes se ha desconocido. Por eso, los psicólogos tenemos una labor importante que ejercer, como garantes de la centralidad de la persona. Nuestra vocación consiste en buscar incesantemente la identidad más profunda del otro y reavivar esa luz que parece condenada a apagarse en la oscuridad, para que su ser personal no desaparezca en la nada.

Descubrir y revelar el yo de nuestros pacientes, incluso a ellos mismos; recordarles quiénes son realmente para que nunca más lo olviden. Esto implica reconocer su dignidad y su valor, hacerles saber que son dignos de ser amados y que su historia es digna de

ser escuchada; hacerse uno con sus necesidades y acompañarlos para que no se rindan ni pierdan la esperanza de una vida con sentido. Pero la única manera de cumplir con esta tarea consiste en desaparecer nosotros, con nuestros juicios, nuestras categorías y nuestras estadísticas. Necesitamos volver a sorprendernos como unos padres que se asombran amorosamente con las acciones de sus hijos.

Dra. Catalina Cubillos Muñoz

EL PONDUS COMO CENTRO DE GRAVEDAD DE LA PERSONALIDAD

¿Existe algún afecto rector de la vida psíquica?, ¿hay un afecto que sea más relevante que los demás o son todos semejantes? En el comienzo de su obra, Sigmund Freud adhería a la idea de que era un solo principio afectivo, a saber, el eros, el que gobernaba la vida psíquica sin contrapesos. Este axioma, sostenido de manera obcecada durante años por el médico vienés, le valió la enemistad de Adler y Jung, dos de sus primeros discípulos, quienes no compartían su teoría “pansexual” de la libido. Sin embargo, esto cambiará a partir de la publicación de su ensayo *Más allá del principio del placer*, en el que Freud admitirá otro principio psíquico: el *thanatos* o pulsión de muerte. En adelante, se postula que hay dos fuerzas primigenias en el alma: una inclinada a la unidad, y otra, a la destrucción. De esta manera, se abandona la explicación de la vida psíquica a partir de un solo principio.

Por su parte, el psicólogo humanista Abraham Maslow, plantea que el ser humano posee múltiples inclinaciones, distinguiendo cinco niveles en su célebre “pirámide o jerarquía de las necesidades”. Para el psicólogo norteamericano, todas las necesidades son importantes de satisfacer en orden a lograr un estado de autorrealización. Es enfático en resaltar que los diferentes niveles son independientes, no reducibles o

reconducibles a uno solo. Maslow se desmarca así de la postura psicoanalítica original, según la cual todas las necesidades del ser humano se pueden reconducir enteramente a las necesidades sexuales. Con esto, también rehúsa plantear que la vida psíquica del ser humano dependa de una sola necesidad o afecto.

La Psicología Integral de la Persona, en cambio, considera que la vida psíquica completa gira en torno a un afecto: el amor por el fin último. Santo Tomás de Aquino afirma que el amor es la causa de todo lo que hace el amante (S. Th. I-II, c. 28, a. 6). Esto quiere decir que el conjunto de las operaciones de una persona se debe, en última instancia, a un único amor, el cual da coherencia a todos los actos. Del mismo modo que el amor por su prometida mueve a un hombre a levantarse temprano, a escribir una carta, a comprar flores, a ordenar su horario para poder visitarla, a buscar el trabajo que le permitirá ahorrar lo suficiente para poder casarse con ella, etc., toda persona posee un fin amado en torno al cual estructura su vida y realiza todos sus actos.

Algo semejante afirma Aristóteles cuando explica que existen tres géneros de vida, según el tipo de fin que la persona escoja. El primer género de vida es aquel según el cuerpo, centrado en obtener el máximo placer posible y minimizar el dolor. Acerca de él, el Filósofo afirma que la gran mayoría de los hombres lo abraza, a pesar de que no se distingue en nada de la vida que llevan los animales. El segundo género de vida consiste en las obras buenas. Si bien la vida activa es infinitamente superior al género de vida anterior, ésta no permite al hombre llegar a su plenitud, pues lo central en el ser humano es la operación interior

de conocer, y no las operaciones exteriores. El tercer género de vida corresponde al de aquellos consagrados a la contemplación. Éste sería el único que depara felicidad verdadera, y es escogido por muy pocas personas. En todos estos casos, es un fin único el que domina el alma humana y el que explica todo el quehacer de cada individuo. El problema consistiría en escoger el apropiado.

San Agustín de Hipona ya había advertido la centralidad del amor al fin en la estructura de la personalidad. *Amor meus pondus meum: illo feror, quocumque feror* (“El amor es mi peso, por él voy dondequiera que voy”) afirmó en sus célebres Confesiones, dando a entender que aquello que el ser humano ama por sobre todo es semejante a un peso (*pondus*) que, atraído por la gravedad, produce una inclinación de todas las cosas hacia sí mismo.

Alfred Adler, en la misma línea plantea que toda persona persigue un fin, el cual determina un estilo de vida y ayuda a explicar el conjunto de la vida psíquica del individuo. El fin escogido por el neurótico es un fin ficticio, un fin relacionado con la satisfacción de un sentimiento de superioridad que permitiría escapar de un sentimiento de inferioridad original. Pero tal como el propio Adler afirma, ese fin es inalcanzable, porque es una ficción exagerada. Para sanar verdaderamente del sentimiento de inferioridad, habría que ayudar al neurótico a entrar en la lógica del sentimiento de comunidad, según la cual ya no hay que competir para obtener valor: todos somos valiosos porque nos necesitamos mutuamente para vivir en sociedad.

Esta feliz mirada acerca de la centralidad del fin amado para explicar las acciones externas, pero también el conjunto de las actitudes y actividades interiores tiene mucho que aportar a la psicología contemporánea. Se trata de un concepto capaz de articular lo múltiple y lo uno, iluminando el modo en que los muchos rasgos de una persona adquieren coherencia interna en torno a un afecto principal. ¡Cuán útil puede ser este concepto para los psicólogos clínicos, quienes podrán descubrir debajo de las pluriformes manifestaciones de vida interior del paciente la unidad que enhebra sutilmente la totalidad del tejido personal!

Dr. Juan Pablo Rojas Saffie

¿QUÉ HACE UN PSICÓLOGO CLÍNICO?

Identificar el aporte específico de la psicología clínica, un tema tan antiguo y tan joven a la vez. Cada paso que un psicoterapeuta pueda dar en su comprensión, tiene como recompensa enormes frutos en su trabajo clínico. Comparto algunas reflexiones.

Identificar lo específico de una disciplina, no es otra cosa que conocer su objeto formal. Este concepto, extraño para muchos, define el aporte que esa disciplina y ninguna otra puede ofrecer, al menos no del mismo modo.

Conocer el objeto formal no tiene un interés puramente especulativo o teórico. Permite que el psicólogo pueda realizar mucho mejor su trabajo. Afinar los esfuerzos, haciendo que la psicoterapia pase de ser, si se nos permite la comparación, un “trabajo de hacha” a un “trabajo de bisturí”. Esto, en la medida en que posibilita conocer los límites y la especificidad de su arte, haciendo que sus múltiples esfuerzos, escenarios y técnicas concurren a un mismo fin.

En el centro del problema, tenemos la relación con otras disciplinas afines: ¿se trata la psicoterapia de enseñar estrategias de afrontamiento al paciente respecto de su problema? ¿no sería

conveniente, entonces, que un pedagogo de profesión, adquiriendo conocimientos de salud mental, sea quien asuma esta labor?; ¿tratará la psicoterapia a personas que padecen síntomas originados en desórdenes de neurotransmisores como la dopamina?; ¿no sería, entonces, la psicoterapia una disciplina auxiliar a la psiquiatría o neurología, análogo a la relación de un nutricionista con un nutriólogo o de un traumatólogo con un kinesiólogo?; ¿o será acaso que el psicólogo trata a personas que son vencidas constantemente en su voluntad por sus emociones, debiendo encontrar caminos para fortalecer esa voluntad? Y, si esto fuera así, ¿esta labor, no la podría llevar a cabo de mejor manera una persona con conocimientos de la vida moral y con experiencia en el acompañamiento de personas? Así, preguntas como estas, podríamos plantearnos muchas otras. En síntesis, ¿qué fin cabe esperar de la psicoterapia, comparado con la ayuda que pueden brindar otros profesionales afines?

Pues bien, el objeto formal de la psicología clínica podríamos identificarlo con la salud psíquica, esto es, un orden de sus emociones. Así, lo que específicamente puede ofrecer un psicólogo clínico es ayudar a que las personas experimenten tranquilidad en esta dimensión. Ahora bien, esto requiere algunas puntualizaciones.

Ante todo, que el desorden de las emociones puede tener distintos orígenes. En general, podemos pensar en tres orígenes diferentes:

- 1) Puede ser producto de problemas biológicos, por ejemplo, por una lesión cerebral, por algún deterioro neurológico o

simplemente por falta de sueño. Esto es objeto de la medicina (psiquiatría o neurología).

- 2) También puede estar sostenido por decisiones voluntarias, como quien dedica su vida a robar y experimenta una ansiedad constante de ser descubierto, o quien decide vivir una vida centrada en el placer y luego padece intensos sentimientos de tristeza y vacío. Situaciones como estas serían materia de intervención de personas que tengan la capacidad de influir en las decisiones y modos de pensar del sujeto.
- 3) Por último, las emociones pueden desordenarse a causa de la propia experiencia de vida. Relaciones conflictivas, hechos traumáticos, malas decisiones, etapas no resueltas, y otras cosas como estas que dejan una huella en la sensibilidad. En virtud de ella, pueden asociarse distintos aspectos de la vida como algo desproporcionadamente negativo y otras cosas como desproporcionadamente positivas. Ejemplos de lo primero son, los conflictos con la autoridad, el miedo al fracaso, las tristezas profundas y estables; ejemplos de lo segundo son, las adicciones y las perversiones sexuales. Todo esto es objeto de la psicología clínica.

Si lo desarrollamos un poco más, su objeto formal es el orden emocional, pero considerado bajo un aspecto específico, a saber, que las emociones son movidas por juicios sensibles. Pero, ¿qué es un juicio sensible? Es una capacidad humana, como lo es la memoria o la imaginación, que realiza actos de interpretación

sensible sobre diversas situaciones. Por ejemplo, puedo interpretar racionalmente que fumar es malo y, al mismo tiempo, interpretarlo como bueno y tener deseo de hacerlo. La facultad que permite este acto se llama cogitativa. Ella interpreta y concluye a partir de lo vivido: experiencias positivas y negativas, relaciones significativas, etapas importantes, circunstancias adversas o de aprendizaje. Por ejemplo, quien crece con un padre autoritario, considerará con mucha facilidad que no es capaz, que tiene que estar constantemente justificándose ante los demás y que está siendo negativamente evaluado por otros. Aunque racionalmente sepa que nadie lo está evaluando, no puede dejar de experimentarlo así.

Ahora bien, la cogitativa es una facultad que culturalmente es bastante desconocida. Su grado de desconocimiento está estrechamente vinculado a nuestro grado de ignorancia sobre nuestro mundo emocional. Por eso muchas personas les resulta completamente insólito y sorprendente ver que sus emociones se comportan de la manera que lo hacen. Además, por este desconocimiento, muchas veces se termina atribuyendo el desorden emocional a lo biológico, a una voluntad débil o a los demás.

En el ejemplo del padre autoritario, inevitablemente esto traerá una experiencia de inseguridad desproporcionada. La inseguridad desproporcionada que experimenta en la actualidad descansa en una desproporción de la experiencia conservada. En efecto, las experiencias no elaboradas de su crianza autoritaria tiñen el panorama y toman el control emocional de la propia vida,

silenciando otras experiencias igualmente válidas y reales que le muestran que es una persona capaz y valiosa.

¿Tiene un lugar la biología y la voluntad en este tipo de desórdenes? Claro que sí, pero si tienen la prioridad pasa a ser un problema biológico o moral, respectivamente. En cambio, si es un problema formalmente psicológico, objeto propio de un psicólogo, la prioridad está en la experiencia vivida, concretada en la cogitativa y expresada en la emoción. Que esto es así, se puede observar en la resolución del conflicto emocional. Pensemos, por ejemplo, en que esta persona se decide a enfrentar, de buena forma, pero con firmeza, a su padre; o alguien que tiene un duelo no resuelto y que al escribir una carta al difunto o visitarlo en el cementerio, experimenta alivio y reconciliación.

La psicología clínica se hace cargo de aquel desorden emocional que nace de la experiencia y que, por tanto, se resuelve a través de ella. La pericia y el arte del psicoterapeuta está en remover interpretaciones de la cogitativa por medio de actos terapéuticos tales como enfrentar, elaborar, decidir, analizar, recordar, perdonar, soltar, entre muchos otros. Lo esencial está en captar que la psicopatología debe ser superada en el orden particular. Muchas veces se intenta superar problemas emocionales mediante la sola conversación, la explicación de alguna dinámica psicológica o algún intento de manejo o gestión de las emociones. El problema es que todo esto apunta a la dimensión racional, quedando relegadas aquellas intervenciones que apunten a la dimensión emocional. Técnicas como el EMDR, la Psicoterapia Simbólica, la escritura expresiva, el Role Playing, la Terapia Narrativa, ciertas

intervenciones sistémicas, entre muchas otras, parecen apuntar a lo singular de la experiencia.

Por ello, la formación del terapeuta pasa por ser un conocedor de las facultades humanas, en particular de los sentidos internos, también de las emociones y su relación con la dimensión racional y biológica; también de dinámicas de relaciones familiares y con grupos de pares; etapas del desarrollo personal y familiar, entre muchos otros elementos. Pero todo orientado a dilucidar los puntos de trabazón emocional y su resolución.

La psicología clínica cuenta con infinidad de técnicas, modos de diagnosticar y aspectos a considerar. Pero es relevante encontrar eso «uno» que nos permite reunir todos estos elementos en una misma labor. Comprender cuál es el aporte propio y específico que hace un psicoterapeuta es un gran desafío, arduo, pero con frutos dulces en la ayuda terapéutica.

Dr. Benjamín Suazo Zepeda

ALGUNOS PRINCIPIOS BÁSICOS PARA PRACTICAR UNA PSICOLOGÍA SANA

En ocasiones, una tarde de lluvia rinde frutos inesperados. Un poco de inspiración, precedida por décadas de ocupación por un tema, decantó en una feliz irrupción de ideas que fui poniendo por escrito antes de que se me borraran de la cabeza.

Presento, pues, un popurrí de ideas capitales, sin orden alguno, tal como se me fueron atiborrando en la mente, y fueron saliendo al impulso del deseo de comunicarlas. Confío en que mi lector benevolente se vea enriquecido, confirmado, ilustrado, instigado o incluso cuestionado con los enunciados que siguen.

1. En el orden antropológico, toda intervención psicoterapéutica tendrá que orientar al paciente a que alcance la subordinación de sus facultades sensibles a sus facultades espirituales. Condición indispensable para alcanzar tal subordinación es que, a su vez, las potencias espirituales estén ordenadas según disposiciones virtuosas. Imposible lograr el orden de la dimensión sensible sin una dimensión espiritual ordenada. De este modo, las diversas facultades y funciones psíquicas se encuadran en el conjunto del ser espiritual de la persona, y se subordinan a su finalidad honesta.

2. En el orden de la naturaleza, todo ser vivo crece, madura y sana en el horizonte de sus inclinaciones naturales. Terapéutico, por tanto, será todo aquello que suscite, secunde, afirme y auxilie el orden de la naturaleza. Por fuera del orden moral natural, no hay intervención genuinamente terapéutica. Todo lo que no sea conforme a este orden de la naturaleza será, tarde o temprano, violencia. En conformidad con lo anterior, no debería el terapeuta sugerir u orientar al paciente a una transgresión del orden natural, aunque tal intervención pudiera traer consigo algún alivio psíquico transitorio e inmediato; en tal caso quedaría pendiente un ordenamiento ulterior que inevitablemente habrá de asumirse si se quiere alcanzar el orden interior.

3. En el orden personal, dado que la causa final es la causa a la que se subordinan todas las causas, toda intervención psicológica ha de tener un horizonte y orientación fundamental que respete la vocación personal cierta del paciente. Toda intervención que desvíe, paralice o confunda la vocación personal terminará por situar al paciente fuera de su lugar natural: quedará como un hueso dislocado. Auxiliar al paciente a descubrir, desarrollar y madurar su vocación (natural, y accidentalmente, la sobrenatural) es parte integral del ejercicio del psicólogo. Esto exige de parte del terapeuta no solo competencias respecto de su ciencia psicológica, sino que deberá contar además con un conocimiento más amplio en el cual se inserta su ejercicio práctico, conocimiento que podríamos denominar "sabiduría filosófica" de la existencia humana y de la persona. Tomamos

por fuente de tal sabiduría, especialmente, las enseñanzas de quien ha merecido ser llamado Doctor Humanitatis, Tomás de Aquino.

4. El psicólogo deberá tener claro que el desorden y la culpa moral pertenecen a un orden diverso al psicológico. Toda explicación psicológica del orden moral es, en última instancia, una intromisión indebida de la psicología en el orden moral. En esta línea, la culpa real no se cura con ningún tratamiento puramente psicológico.
5. En relación a la eficacia de la terapia, ninguna intervención psicoterapéutica produce *per se* su efecto curativo. El paciente es el agente de su propia sanación, en cuanto que asume y realiza aquello que la intervención y la técnica le invitan a poner en acto, supuesta la rectitud de la intervención. En línea con lo anterior, la libertad del paciente no es ni sustituida ni puesta en pausa durante la psicoterapia; muy por el contrario, la psicoterapia cuenta y necesita de ella.
6. En cuanto a la condición antecedente y concomitante a toda intervención terapéutica, es necesario que el paciente sienta por parte del terapeuta estima, consideración y respeto, lo cual se traduce en un genuino interés por su persona y salud. Se trata del amor benevolente que contiene, respalda y acredita a la intervención técnica. Sin este lazo de confianza básica que el amor benevolente infunde en la relación terapéutica, será difícil, si no imposible, llevar a cabo trabajo terapéutico alguno. Entra en juego aquí, por tanto, la

armonía, equilibrio y madurez de personalidad del propio terapeuta.

7. En relación a la psicofarmacología, se ha de señalar que aspira a hacer remitir o moderar la sintomatología, facilitando con ello el trabajo psicoterapéutico, además de posibilitando la reinserción del sujeto a su vida ordinaria. Pero esta mejoría no necesariamente significa la resolución de los problemas profundos de la persona, a los que hay que apuntar desde la instancia psicoterapéutica a fin de restituirle el equilibrio afectivo indispensable al ejercicio de su libertad.
8. En relación con sus congéneres, el hombre es naturalmente social. Los "otros" son el horizonte natural en el que la persona ejerce sus facultades y recursos en un sentido plena y específicamente humano. Ello significa que el hombre no puede vivir, crecer, madurar ni realizarse como persona por fuera de una sana y fecunda convivencia familiar, amical y social.
9. En el orden trascendente, el hombre es naturalmente religioso. Toda vez que se pretenda que la religión es un mero producto de la mente en el cual el hombre se refugia en un autoengaño pueril, se estará negando el hecho incontestable de la perseverancia en la fe religiosa incluso en la persecución y adversidad, hechos que contradicen y desmienten aquella supuesta actitud infantil y muestran el carácter trascendente de aquella, que mueve los dinamismos

más íntimos del hombre en orden a sus esfuerzos más altos y sus empeños más nobles. La ciencia psicológica nada tiene que decir *per se* de la religión; sí puede –y lo ha hecho– validar los efectos saludables de la práctica religiosa.

10. En suma, el psicólogo ha de intervenir a su paciente en orden a que este, asumiendo personalmente su naturaleza humana, sus cualidades individuales y condicionamientos biográficos, forje su proyecto de vida y lleve a cabo su vocación.

Dr. Pablo Verdier Mazzara



Contemplata aliis tradere

